zos de mi Luisa. El rigor de la contraria suerte sólo será parte á inflamar mi afecto, y los peligros te harán á mis ojos más hechicera. No temas, pues, amor mio. Yo mismo velaré por tí, como el dragon encantado los subterráneos tesoros. Fia en mí; no necesitas otro ángel custodio. Yo te escudaré contra el destino, recibiré por tí los golpes, recogeré por tí cada gota de júbilo en el vaso del amor, para deponerlo en tus manos. *(La abraza tiernamente.)* Apoyada en mi brazo, Luisa cruzará alborozada la senda de la vida. Has de volver al cielo más bella de cuando lo dejaste, y confesará admirado que sólo el amor da la último mano á las almas.

LUISA.—(*Alejándose de él, vivamente agitada.*) Basta; te lo ruego, calla. ¡Si supieras!... Déjame. No sabes que tus esperanzas se convierten en ponzoña en mi corazon. (*Hace que se va.*)

FERNANDO.—(*Deteniéndola.*) ¡Luisa!.... ¡Cómo!... Qué... ¡Qué mudanza!...

LUISA.—Olvidé este sueño y era feliz, y desde ahora, desde este dia, he perdido todo reposo. ¡Oh impetuosos deseos!... Ya sé que van á agitar mi alma. Véte, ¡Dios te perdone! Arrojaste la tea inflamada en mi jóven corazon, en mi corazon tranquilo, y no ha de apagarse jamás.

(*Vase corriendo; él la sigue en silencio.*)

ESCENA V.

Salon en casa del Presidente.

El PRESIDENTE, lleva colgada al cuello una condecoracion y una estrella al pecho. El secretario WURM; salen juntos.

EL PRESIDENTE.—¡Mi hijo enamorado seriamente! Amigo Wurm, no me persuadirá V. á creerlo.

WURM. — Si Vuecencia tiene la bondad de pedirme la prueba...

EL PRESIDENTE. — No digo que no sea posible, y me parece perdonable que corteje á alguna mocosuela de la burgesía, y se entretenga en requebrarla, y hasta en hablarla de amor y de... pero ¿dice V. que es hija de un músico?

WURM. — La hija del maestro de música, Miller.

EL PRESIDENTE. — Linda, por supuesto.

WURM. — (*Vivamente.*) El mejor dechado de rubias que pudiera figurar sin exageracion, al lado de las primeras bellezas de la corte.

EL PPESIDENTE. — (*Sonriendo.*) Y dice V. que pretende á esa niña. Lo comprendo. Ve V.; si así gusta de las mujeres me da á esperar que las damas no han de aborrecerle; con esto hará carrera en la corte. Que la niña es guapa,... me alegro; esto prueba que es hombre de gusto. Que la engaña con formales promesas... mejor que mejor; esto prueba que es bastante listo para saber mentir cuando conviene, y entonces no me cabe duda que llegará á presidente. Que alcanza su objeto... mejor que mejor todavía; esto prueba que es hombre de suerte. Y si por fin de fiesta me regala un rollizo nietezuelo, digo que mi ventura será completa. Beberé entonces una botella de Málaga en celebridad de este pronóstico de la propagacion de mi raza, y pagaré la multa impuesta por la deshonra de la niña.

WURM. — Deseo que no llegue el caso de que Vuecencia deba beberse esa botella para distraer el mal humor.

EL PRESIDENTE. — (*Muy serio.*) Recuerde V., Wurm, que cuando una vez me da por creer una cosa, la creo con obstinacion, y si llego á amostazarme, me pongo furioso. V. se empeña en que me enfade, y yo en tomarlo á chanza. Comprendo que ansíe V. deshacerse

de un rival; que no le sea fácil arrebatar la niña á mi hijo; que quiera convertir en una infamia esa entretenida historia; todo esto está muy bien; pero cuidado con mofarse de mí, querido Wurm. V. sabe que no llevará la calaverada hasta el extremo de faltar á mis principios.

WURM.—Perdóneme Vuecencia. Si realmente intervinieran por algo los celos, como supone, Vuecencia hubiera podido verlo, pero yo no lo hubiera dicho.

EL PRESIDENTE.— Por mi parte, opino que es menester echarlos en olvido. ¡Imbécil! ¿Qué le importa á V. recibir un escudo directamente ó de manos del banquero? Consuélese V. con nuestra nobleza. Sépase ó no, cuando se hace una boda entre nosotros, raro es el caso en que media docena de convidados... ó de lacayos... no estén enterados de lo que se lleva el marido.

WURM. — (*Inclinándose.*) En esto, de buena gana seguiré siendo plebeyo.

EL PRESIDENTE. — Por lo demas, pronto podrá V.

tomar lindamente el desquite de esta chanza. Precisamente hoy se decidió en consejo, que á la llegada de la nueva duquesa, se fingiria que se iba á despedir á lady Milford, y para que las apariencias sean completas, contratará un enlace. V. sabe, Wurm, que todo mi poderío descansa en la influencia de Milady, y que las pasiones del Príncipe son mi más poderoso recurso. El Duque busca un partido para la Milford; puede presentarse otro, negociar este asunto, apoderarse de la confianza del Príncipe y hacerse el indispensable... Para que el Príncipe siga atado á nuestra familia, es necesario que Fernando se case con la Milford. ¿Lo quiere V. más claro?

WURM. — Salta á la vista. Me convenzo de que el padre no es más que un aprendiz, al lado del Presidente. Si el Mayor corresponde como hijo sumiso á la ternura de Vuecencia, no faltará quien proteste.

EL PRESIDENTE. — Por dicha, nunca sentí la menor inquietud en la ejecucion de un proyecto, desde el momento en que me he dicho á mí mismo: esto ha de ser. Pero esto me lleva, amigo Wurm, al punto de partida. Hoy mismo anunciaré á mi hijo su matrimonio, y la cara que ponga entonces, justificará ó desvanecerá las sospechas de V.

WURM. — Vuelvo á pedir perdon á Vuecencia. El descontento que muestre, así puede provenir de que no guste de la mujer que se le ofrece, como de que sienta perder á la otra. Ruego á Vuesencia que acuda á una prueba más decisiva. Elíjasele el mejor partido de la comarca, y si dice que sí, me dejo cortar la cabeza.

EL PRESIDENTE. — (*Mordiéndose los labios.*) ¡Diablo!

WURM. — No hay más... La madre, que es la necedad en persona, harto me ha dicho sobre esto, simplecilla como es.

EL PRESIDENTE. — (*Se pasea por el salon, y reprime su enojo.*) Bien; esta mañana...

WURM. — Sólo ruego á Vuecencia que no olvide que ese caballero es hijo de mi señor.

EL PRESIDENTE. — Descuida, Wurm.

WURM. — Y que conforme he libertado á Vuecencia de una nuera mal parecida...

EL PRESIDENTE. — Merece V. que le procure una esposa. Acordado, Wurm.

WURM. — (*Se inclina satisfecho.*) Mi gratitud será eterna, señor. (*Hace que se va.*)

EL PRESIDENTE. — (*Amenazándole.*) Cuidado con repetir lo que he confiado á V. hace poco.

WURM. — (*Sonriendo.*) Entonces puede Vuecencia mostrar mis falsificaciones. (*Se va.*)

EL PRESIDENTE. — Verdad; te tengo cogido por tus propias bribonadas, como al abejorro con un hilo.

SALE UN CRIADO. — El Mariscal de Kalb.

EL PRESIDENTE. — A buen tiempo llega: bien venido. (*El criado se va.*)

ESCENA VI.

El PRESIDENTE.—El MARISCAL de KALB (1), con traje de corte, suntuoso, pero sin buen gusto, con la llave de chambelan, dos relojes, y espada; sombrero bajo, peluca rizada. Se adelanta con mucha bulla hácia el Presidente, y esparce un fuerte olor á ámbar.

EL MARISCAL. — (*Abrazándole.*) Muy buenos dias, amigo mio. ¿Qué tal ha descansado V.?... ¿Cómo se ha dormido? V. me perdona, verdad, si hasta ahora no he tenido el placer... negocios urgentes, el prepa-

(1) Este personaje, como tambien en algunas ocasiones los demas, emplea con frecuencia palabras y frases francesas, pero sólo he cuidado de dejar en esta lengua las que se hallan con bastardilla en el original.

rar la comida, las tarjetas, los trineos para la jira de hoy... ¡Ah! y ademas ha sido menester que fuera á anunciar á Su Alteza serenísima el tiempo que hacia.

El Presidente. — Realmente, no podia V. excusarse de ello.

El Mariscal.— Luego, ese bribon de sastre que me ha detenido.

El Presidente. — Y sin embargo, siempre exacto y pronto.

El Mariscal. — Y no fué esto todo. Las desgracias siempre vienen en tropel. Oiga V.

El Presidente. — (*Distraido.*) ¿Es posible?

El Mariscal. — Oiga V. Apenas me habia apeado del coche, cuando los caballos se asustaron, empezaron á encabritarse y á piafar, y quedé salpicado de barro. Ya ve V. ¿qué podia hacer? Póngase V. en mi lugar, baron. Allí me tenia V. plantado... tan tarde... Volver á casa, era emprender un viaje... comparecer ante Su Alteza perjeñado de aquel modo... ¡Dios de bondad!... En esto ¿qué hago? finjo desmayarme, me llevan en brazos al coche, vuelo á casa, mudo de ropa, vuelvo... ¿qué tal?... y aún llego el primero á la antesala... ¿qué le parece á V.?

El Presidente. — ¡Donosa salida del ingenio humano!... Pero dejemos esto, amigo Kalb. ¿Ha hablado V. al Duque?

El Mariscal. — (*Dándose importancia.*) Unos veinte minutos y medio.

El Presidente. — Confieso que... ¿Y sabe V. algo importante?

El Mariscal. — (*Con seriedad, despues de una pausa.*) Su Alteza vestia hoy su traje de castor verde y pajizo.

El Presidente. — ¡Vaya!... Pues bien, Mariscal; mejor es la noticia que debo comunicar á V. Lady Milford casa con el mayor de Walter. Me parece que le vendrá á V. de nuevo.

El Mariscal. — ¿V. cree?... ¿Y está ya decidido?

El Presidente. — Y firmado, Mariscal. Mucho agradeceré á V. que sin tardar, anuncie á esta señora la visita de mi hijo, y á toda la corte su resolucion.

El Mariscal. — (*Entusiasmado.*) ¡Con el mayor gusto!... Nada puede serme tan grato... Voy al instante. (*Le abraza.*) ¡Con Dios! Dentro media hora lo sabrá la ciudad entera. (*Se va saltando.*)

El Presidente. — (*Riéndose y siguiéndole con la vista.*) Y dirán todavía que los hombres de este jaez no sirven para nada. Ahora fuerza será que Fernando lo quiera; de lo contrario la corte habrá mentido. (*Llama.*) (*Sale Wurm.*) Diga V. á mi hijo que pase. (*Se va Wurm.*) (*El Presidente se pasea pensativo á lo largo del salon.*)

ESCENA VII.

FERNANDO.—El PRESIDENTE.—WURM, que se va luego.

Fernando. — Has ordenado, padre...

El Presidente.— Por desgracia mandar debo, cuando quiero tener el gusto de ver á mi hijo... Déjenos V. solos, Wurm. Fernando, mucho tiempo há que te observo, y no reconozco en tí al franco y alegre muchacho que tanto me encantaba. Te veo pesaroso, huyes de mí y de tus habituales compañías. A tu edad suele perdonársele más fácilmente diez extravagancias, que una sola manía. Abandona ésta, hijo mio. Deja que cuide de tu felicidad, y no te ocupes más que en prestarte complaciente á mis proyectos... Ven; abrázame, Fernando.

Fernando. — Muy bondadoso estás hoy conmigo, papá.

El Presidente. — ¡Ah! pícaro... ¿conque sólo hoy? y todavía lo dices haciendo una mueca. (*Con gra-*

vedad.) Fernando, ¿por amor de quién me abrí camino, erizado por cierto de peligros, hasta el corazon del Príncipe? ¿Por amor de quién rompí para siempre con mi conciencia y con el cielo? Óyeme, Fernando. Hablo ahora á mi hijo. ¿A quién hice lugar, quitando de en medio á mi predecesor?... Historia que por cierto me destroza todavía el alma, cuanto más me empeño en ocultar el puñal á los ojos del mundo. Oye, dime, Fernando. ¿Por quién hice todo esto?

FERNANDO.—(*Retrocede con espanto.*) No ciertamente por mí, padre mio; no debe recaer sobre mí este sangriento crimen. Por Cristo, que vale más no haber nacido, que servir de pretexto á semejantes acciones.

EL PRESIDENTE.—¿Qué significa esto? ¿Cómo? pero... en fin, perdono á tu romancesca imaginacion esta salida. No quiero enojarme. ¡Atolondrado!... ¡Así me recompensas mis vigilias, mis incesantes solicitudes, los tormentos de mi conciencia!... Cae sobre mí todo el peso de la responsabilidad, la maldicion, el rayo de la justicia. Tú recibes la dicha de segunda mano; la culpa no se hereda.

FERNANDO.—(*Alzando las manos al cielo.*) ¡Oh! renuncio solemnemente á una herencia que sólo puede darme un horrible recuerdo de mi padre.

EL PRESIDENTE.—Oye, muchacho; mira, no me enfades. Si todo fuera segun tu capricho, te arrastraras en el polvo el resto de tu vida.

FERNANDO.—Lo cual es mejor que arrastrarse por las gradas del trono.

EL PRESIDENTE.—(*Reprimiendo su cólera.*) ¡Hum! Entonces habrá que hacerte aceptar tu dicha por la fuerza. El término á que no pudieron llegar otros con sus esfuerzos, lo consigues tú, como quien dice, jugando. A los diez años eras alférez; á los veinte, mayor; ahora, acabo de obtener del Príncipe el favor de

Fernando de Walter ante su padre.

que dejes el uniforme para entrar en el ministerio; el Príncipe hablaba de hacerte consejero íntimo,... ó embajador... ó concederte una gracia extraordinaria... Se abre á tus ojos un gran porvenir; se te allana el camino para acercarte al trono,... para sentarte en él, si el poder vale tanto como las apariencias. ¿Y esto no te entusiasma?

FERNANDO.—No pensamos exactamente lo mismo sobre la grandeza y la dicha, que para tí, padre, sólo se logra arruinando. La envidia, el temor, la maldicion, estos son los espejos en que se mira el poderoso, y las lágrimas, la desesperacion, los gemidos, el comun alimento con que se nutren y embriagan los que se llaman felices, hasta que penetran en la eternidad y tiemblan y caen ante el trono de Dios. Mi ideal de ventura, padre, se encierra por el contrario en mí mismo; todos mis deseos están sepultados en mi corazon.

EL PRESIDENTE.—¡Admirable!... ¡Inapreciable!... ¡Sublime!... Esta es la primera leccion que recibo de treinta años acá. Lástima que con mis cincuenta, me haya vuelto rebelde á la instruccion. Mas por que no se entorpezca tan raro talento, pondré en mi lugar álguien en quien puedas ejercitar á tus anchas tan divertidas locuras... Fuerza es que te decidas hoy mismo á casarte.

FERNANDO.—(*Retrocediendo sorprendido.*) ¡Padre mio!

EL PRESIDENTE.—Sin cumplidos. Escribí una esquela en tu nombre á lady Milford, y me harás el obsequio de ir á verla sin tardar, y decirle que eres su esposo.

FERNANDO.—¡Lady Milford, padre mio!

EL PRESIDENTE.—¿La conoces?

FERNANDO.—(*Fuera de sí.*) ¿Pues no es la que en el ducado aparece como monumento de vergüenza?... Pero... ¡qué loco soy en tomar por lo serio esta chan-

za! ¿Querrias ser el padre de un perillan que aceptara la mano de una meretriz privilegiada?

El Presidente. — Ya lo creo. Yo mismo me casaria con ella, si no contara cincuenta años. ¿Te negarias tú á ser el hijo del perillan de tu padre?

Fernando. — Claro que sí. Tan cierto como hay Dios.

El Presidente. — ¡Habrá insolencia!... La perdono, porque no son frecuentes.

Fernando. — Te ruego, padre mio, que no me dejes por mucho tiempo en tal disposicion de ánimo, que me es insoportable llamarme hijo tuyo.

El Presidente. — ¿Estás loco, muchacho?... ¿Qué hombre razonable no envidiaria el honor de representar el mismo papel del soberano?

Fernando. — Eres para mí un enigma, padre. ¡A esto llamas un honor!... el honor de compartir con el Príncipe un puesto que á él mismo degrada. (*El Presidente se echa á reir.*) Rie cuánto gustes; yo continúo, padre. ¿Con qué cara me presento yo delante del más miserable obrero, que casa al menos con mujer sin mancha? ¿Con qué cara osaré presentarme en la sociedad, delante del Príncipe, delante de esta misma cortesana, que pretendiera borrar con mi vergüenza la marca de hierro candente impresa en su honor?

El Presidente. — ¿Pero dónde aprendes tú tales cosas?

Fernando. — ¡Por todos los santos del cielo, padre, te conjuro á...! Esta abyeccion de tu hijo único no puede hacerte tan feliz, como á él le haria desgraciado. Mi propia vida te ofrezco, si ha de ser parte á que te encumbres más; de tí la he recibido, padre, y no vacilaria un instante en sacrificarla á tu grandeza, pero ¡arrebatarme el honor!... Entonces fué un acto de culpable ligereza darme la vida, y habré de maldecir al propio tiempo al padre y al medianero.

El Presidente. — (*Dándole golpecitos en el hombro.*)

¡Bravo!... ¡querido hijo!... Ahora veo que eres un honrado muchacho, digno de la más noble mujer de este país. Será tuya. Esta misma tarde antes de las tres, serás el prometido de la condesa de Ostheim.

Fernando. — ¡Estará resuelto que muera aniquilado hoy!

El Presidente. — (*Dirigiéndole una mirada penetrante.*) Espero que esta vez nada podrá objetar el honor.

Fernando. — No, padre mio. Federica de Ostheim podria colmar de ventura á otro hombre cualquiera. (*Aparte, mostrando embarazo.*) Lo que su maldad dejó intacto en mi corazon, lo desgarra su bondad.

El Presidente. — (*Sin perderle de vista.*) Estoy aguardando las gracias, hijo mio.

Fernando. — (*Le coge la mano y la besa con fuego.*) ¡Padre! tu bondad me conmueve... mil gracias, padre mio, por tus tiernas intenciones. Tu eleccion es irreprochable, pero no puedo... no me atrevo... ten compasion de mí... no puedo amar á la condesa.

El Presidente. — (*Retrocediendo un paso.*) ¡Hola!... ya te cogí. ¿Conque has caido en el garlito? ¿Conque no era el honor quien te impedia casarte con lady Milford?... ¡Ah! no te repugna la elegida, no; lo que te repugna es el matrimonio. (*Fernando queda como petrificado; luego hace un gesto é intenta irse.*) ¿A dónde vas?... Aguarda. ¿Este es el respeto que me debes? (*Vuelve el mayor.*) He anunciado á Milady que irias á su casa, y he dado palabra al Príncipe; lo sabe ya la ciudad y la corte. ¡Cómo tú pretendas dejarme embustero á los ojos del Príncipe, de Milady, de la ciudad, de la corte... Oye, muchacho; si empiezo á hablar de ciertas historias... Aguarda. ¿Por qué te sonrojas?

Fernando. — (*Blanco como la nieve y temblando.*) ¿Qué?... ¿Cómo?... No es nada, padre.

El Presidente. — (*Con terrible mirada.*) ¿Y si hu-

biera algo?... ¿ si yo te descubriera la causa de tu repulsa? ¡Ah! sólo el sospecharlo me enoja. ¡Véte en seguida!... Empieza la parada y quiero que te halles en casa Milady antes que dèn el santo y seña. A mi presencia tiembla el ducado; veremos si me dominará la obstinacion de un hijo. (*Se va y vuelve.*) Te repito, Fernando, que irás, ó ya puedes huir mi cólera.

(*Se va.*)

FERNANDO.—(*Como si saliera de un sueño penoso.*) ¿Se fué?... ¿Era mi padre quien hablaba así?... Sí, iré á su casa... iré... he de decirle tales cosas... le pintaré un cuadro... ¡la infame! Y si entonces pides todavía mi mano... en faz de la nobleza congregada, de la tropa y del pueblo, ven, armada de todo el orgullo de Inglaterra... yo te rechazo, yo, hijo de Alemania.

(*Se va precipitadamente.*)

ACTO II.

Sala en el palacio de lady Milford; á la derecha un sofá, á la izquierda un piano.

ESCENA PRIMERA.

MILADY vestida de trapillo, con gracioso descoco y sin peinar; se halla sentada al piano, tecleteando.—SOFIA, su camarera, se acerca á la ventana.

SOFÍA.

LOs oficiales desfilan; se acabó la parada, pero no veo á Walter.

MILADY.—(*Inquieta, se levanta y se pasea por la sala.*) No sé qué me pasa hoy, Sofía; nunca habia sentido lo que hoy... ¿No le ves?... Ya lo creo... No se dará mucha prisa... Pesa como un crímen sobre mi conciencia... Vé, Sofía, y di que me traigan el caballo más fogoso que haya en las caballerizas. Necesito salir á tomar el aire, ver gente, el cielo; aliviaré mi corazon galopando.

SOFIA.—Si se siente V. indispuesta, mande que venga álguien aquí... ruegue V. al Duque que presida el juego en esta sala, y que coloquen la mesa delante del sofá. ¡Pues digo! Si tuviera yo á mis órdenes al Príncipe y á la corte entera, y me pasara un capricho por el magin...